

**Fraternidad.**<sup>[1]</sup>

Octubre 20 de 1889.

Diariamente habréis oído decir, queridos lectores, «ya no hay Santos,» «la época de los Santos pasó;» y sin embargo no ha pasado: los Santos viven en nuestro siglo, como vivieron en los siglos pasados: son nuestros contemporáneos, como fueron los contemporáneos de Carlo Magno, de Carlos V y de Luis XIV. Habréis oído también clamar á menudo «fraternidad,» «fraternidad» «fraternidad;» y tan bella palabra tiene su realización verdadera en la vida de los Santos.

La prueba de lo uno y de lo otro acaba de dárseos patente, tierna, sublime, capaz de arrebatarse el alma. En este mismo año de 89, el 15 de Abril, uno de los Santos más heróicos entregó su alma á Dios, después de trece años de estar practicando día tras día las pruebas más palpitantes de verdadera fraternidad. Me refiero al padre José Damián de Veuster, religioso de la Orden de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, conocido ya en todo el Universo con el título de el glorioso apóstol de los lazarinos.

Entre la América y la Australia, en el Oceano Pacífico del Norte, no ignoráis que existe un grupo de trece islas llamadas las islas de Sandwich, de las cuales ocho están habitadas y cinco desiertas. To-

(1) Este y los artículos siguientes, los publicó su autor en 1889 en «La Razón Católica.»

das son elevadas, escarpadas, montañosas, y algunas rodeadas de bellos cuanto terribles arrecifes de coral. Sus habitantes son de color claro y con todas las costumbres de la civilización cristiana, cuya influencia con decidida inclinación aceptaron desde que conocieron á los primeros misioneros protestantes que allí se establecieron desde 1820. Su ilustración y comercio han crecido acaso por la frecuente comunicación que tienen contantemente: en efecto, la posición peculiar de estas islas las ha convertido en lugar de descanso, provisión y depósito para los innumerables buques que se dedican á la pesca de la ballena en las cercanías del Japón, en el mar de Behring y en los mares ecuatoriales. Sus relaciones comerciales son extensas con Alemania, Estados Unidos de América, Francia y Gran Bretaña, naciones todas que se disputan el predominio de influencia en el Gobierno de las islas.

No todo, sin embargo, ha sido prosperidad y dicha para los habitantes de Sandwich. Un azote horroroso empezó en los últimos lustros á hacer estragos en la población de un modo tan frecuente, que hubo de alarmar al Gobierno: el lazario que tantos daños causa en el Asia, empezó á propagarse en las islas por todas partes, en tal grado que llamó la atención de los gobernantes, y para contener sus avances, tomaron una determinación desgarradora, la de aislar de grado ó por fuerza á todos los lazarios, separándolos de todo contacto con la población no contagiada.

La isla Molokai fué la escogida para sepulcro de estos desgraciados enfermos. Molokai, el Eden de la muerte, como se le ha llamado con tanta pro-

mián, que se cuenta que preguntándose á uno de ellos si quería curarse á condición de dejar al querido padre Damián, respondió inmediatamente que ántes que abandonarle prefería no curarse. ¡Prodigio de amor y de gratitud!

Los resultados alcanzados pronto se hicieron visibles, y se pudo notar el cambio operado por la influencia del hombre á quien animaba la fe religiosa y la caridad. El bienestar material y el perfeccionamiento moral de los lazarinos son hechos innegables que se revelan al mundo, y que el mundo recibe atónito admirando la grandeza moral del sacerdote católico que ha llevado á cabo la regeneración de tantos hombres con la misma sencillez con que cualquier individuo cumple el deber más trivial. Calurosa simpatía brotó de los corazones, y multitud de personas enternecidas por el espectáculo de tan grande abnegación, se propusieron ayudar al apóstol de los leprosos: católicos y protestantes rivalizaron en actos de cooperación; pero la admiración llegó á su colmo cuando llegó á Inglaterra la terrible noticia de que al fin el heroico misionero, después de doce años de servicios íntimos é inmediatos á los pobres enfermos, había sido invadido por el funesto contagio. Fué una explosión de admiración mezclada de dolor y de sorpresa.

Un hombre eminente, un artista distinguido, Mr. Clifford, aunque protestante, quiso ir personalmente á Molokai á contemplar ese prodigio de fraternidad consumado por un hombre que había sacrificado su juventud, su salud, su vida, por sus hermanos. Tan pronto como se traslució su pensamiento, multitud de personas se apresuraron á traerle

presentes que llevar al padre Damián y á sus leprosos; y fueron tantos los donativos, que Mr. Clifford se vió obligado á fletar un buque, y cargado con todos estos testimonios de cariño especial, se embarcó en Noviembre de 1888 para Honolulu, y de ahí para Molokai, en donde por fin se encontró con el padre Damián. Cedemos aquí la palabra al ilustre viajero para referirnos sus impresiones: en una carta suya recientemente publicada, de fecha 26 de Enero del año corriente, se lee: «El padre Damián es un hombre tan fácil de amar, como de venerar.... Dichoso, contento, afectuoso, sencillo, fuerte y hábil trabajador, carpintero, excelente ingeniero civil, organizador. .... El lazarino le tiene ya marcado profundamente.....El domingo pudo cantar la Misa, lo que hacía meses no podía verificar. Tiene el semblante contento, y sin embargo apenas puede imaginarse lo que debe ser para el corazón, para los nervios, ese contacto permanente con esta espantosa enfermedad, y así trabajar, como lo hace de todos modos é infatigablemente..... El padre Damián, así como los padres que ahora le acompañan, viven con todos esos pobres leprosos en los términos más íntimos y más afectuosos: están con ellos en contacto perpetuo, y no solamente los cuidan hasta la muerte, sino que los sepultan y entierran con sus manos.....»

Más detalles pudiéramos dar de tan gloriosa vida, pero nos falta espacio y tiempo: solamente añadiremos que poco después de esta visita, el Santo Sacerdote fué llamado por Dios: el 13 de Abril recibió la Santa Comunión por última vez, y el día 15 falleció como mueren todos los Santos. Con esto,

lectores queridos, me parece demostrado que todavía hay Santos, y que los Santos son los ejemplos más elocuentes de fraternidad.

### Mr. Alberto Dubois.

Noviembre 3 de 1889.

Pocas semanas ha que recibimos con inefable placer la carta en que dos deudos nuestros que viajan por Europa, nos comunicaron la benévola acogida que les dió en su castillo de Lacombe Mr. Alberto Dubois, abogado eminente del foro francés, autor de la magnífica Historia del Derecho Criminal, y único sobreviviente de esa brillante pléyade de escritores católicos que brotaron en el suelo fecundo de la noble Francia, á raíz de la revolución de 1830, y que con tanto denuedo se consagraron á servir á la Religión, á la Patria y á la Libertad; y cuando todavia nos recreábamos suavemente con la narración de las cristianas escenas de la vida de familia en el castillo de Lacombe, los periódicos nos traen la dolorosa nueva de la muerte del ilustre escritor que á la edad de ochenta y cinco años entregó su alma á Dios con la misma dulzura, paz y tranquilidad con que lo hiciera una virgen pura ó un niño inocente.

Alberto Dubois, según las notas que tenemos á la vista, pertenecía á una antigua familia del Definado en que el culto de la justicia, el amor al deber, y la firme adhesión á la fe católica eran tradicionales, y por esto desde temprana edad se ligó con los vínculos de inquebrantable amistad con los escri-

tores católicos más eminentes del siglo XIX; mas, uniendo una gran firmeza de principios con una moderación á toda prueba, se alistó en la escuela de Monseñor Dupanloup, que viene á ser en el terreno político religioso lo que la escuela de San Francisco de Sales es en la mística. Fué así como se ligó tan estrechamente con las eminencias de esta escuela que tan grandes servicios ha prestado á la Iglesia y á la sociedad en este siglo, y que tiene órganos tan importantes en la prensa católica: fué amigo íntimo de Monseñor Dupanloup, de Falloux, Lacordaire, Foisset y Montalembert.

Alberto Dubois vivía en su castillo de Lacombe con su hija, eminente escritora también, con un nieto de diez y ocho años, y con sus familiares y domésticos, gozando de todos los encantos de la vida intelectual y de las dulces horas de dicha que proporciona la piedad práctica en el seno de la vida de familia; pero allí, en el secreto de su hogar, se interesaba como el que más en el porvenir de todas las cosas nobles y grandes, contando entre ellas como primordiales, las causas de la Iglesia y de la Patria. Todas las mañanas, él personalmente hacía las oraciones de la mañana en unión de toda la familia y de los amigos que ocasionalmente eran sus huéspedes, y por la noche era el alma de la agradable y jovial tertulia, en la cual se gozaban todas las distracciones del espíritu y los placeres de la conversación francesa, modelo de amenidad y de cultura. Él también hacía personalmente la lectura de los libros más recomendables, en el salón del castillo, con todo el entusiasmo y sensibilidad de un joven que empieza á vivir.

Un hermano y un sobrino nuestro (1) tuvieron la alegría de compartir dos días la hospitalidad del bello castillo de Lacombe y de ser testigos de estas suaves escenas de la familia cristiana que tanto calientan y emocionan el corazón. El último día de su permanencia fueron invitados por Mr. Dubois á sellar dignamente su amistad comulgando juntos con toda la familia en la piadosa capilla del castillo, en la cual se reunían todos diariamente por la mañana y en la noche.

Cuatro días después, ¡ay! la muerte llamaba á las puertas de aquella dichosa familia para sumerjirla en el más profundo dolor. En la mañana, una fuerte opresión en la región del corazón hizo comprender la gravedad del caso: el respetable anciano no hablaba; pero estaba en su perfecto sentido y conocimiento, y el abate Dadolle, profesor de la Universidad Católica de Lyon, pudo administrarle la absolución y la indulgencia plenaria; y su virtuosa hija, deshecha en llanto, pero llena de fortaleza, le decía: —«muy pronto volveréis á encontrar allá arriba á los que os han precedido..... Volveréis á ver á Monseñor..... Esta fué la última palabra que oyó, y espiró. Su hija sin duda se refería á sus amados amigos que le habían precedido en el camino de la verdadera vida, y sobre todo, á Monseñor Dupanloup con quien estuvo ligado por los vínculos más estrechos del entrañable cariño y fidelidad que arraiga la amistad cristiana.

Nosotros que nos gloriamos de ser los últimos y más humildes admiradores de la escuela de Mon-

(1) D. Audomaro Molina y D. José T. Molina Avila.

señor Dupanloup, no podemos menos que consagrar un recuerdo sincero al último hombre de esa falange de nobles y generosos católicos que consagraron su vida á la gloria y servicio del catolicismo. En nuestro propio nombre, y en nombre de los admiradores de sus obras (que también existen en este rincón del mundo,) depositamos sobre su tumba un recuerdo y dirigimos al cielo una plegaria. Al mismo tiempo, desde este nuestro lejano país enviamos á la honorable familia del finado, y especialmente á su amable y virtuosa hija, el más sentido pésame, y las expresiones más calorosas de simpatía en medio de su honda tribulación.

### Los católicos en Norte América.

Agosto 10 de 1890.

Un eminente escritor y orador elocuente, el Vizconde De Meaux, visitó en el año pasado la gran República, haciendo observaciones que son verdaderas lecciones dignas de meditarse, especialmente en los pueblos que, como Mexico, llevan unidas creencias muy arraigadas, instituciones democráticas, y tradiciones republicanas: son ejemplos dignos de nuestra imitación, y por esto nos complacemos en ponerlos á la vista de nuestros lectores.

Los católicos americanos tanto seculares, como eclesiásticos, se distinguen especialmente por el amor á su país y á sus instituciones, y no pierden ocasión de manifestarlo con sus hechos y palabras. Prueba de esto es el arzobispo de Filadelfia, que en un discurso notable por sus grandes y nobles ideas,

piedad, es una hermosa isla, á juzgar por las descripciones que de ella hacen los viajeros: alegres valles, montañas abruptas, volcanes rugientes, misteriosos abismos, bosques frondosos se levantan allí bajo un cielo sereno, con temperatura deliciosa, y junto á un mar de bello azul zafir. Allí decretó el Gobierno que fuesen trasladados los infelices lazarinós, y el decreto se ejecutó, y se continúa ejecutando sin conmiseración, á pesar de la resistencia de las mismas víctimas, de sus padres, parientes y amigos. En vano se ocultan, pues el ojo avisador de la policía los descubre en sus escondrijos, y los arrebatá y embarca para la isla: nadie se escapa de la terrible medida, y aún se cuenta que un pariente próximo de la reina de Sandwich, no tan pronto fué atacado de la enfermedad, cuando por la fuerza fué llevado al aborrecido lazareto de Molokai, y separado del resto del mundo por infranqueable barrera.

No podía escaparse á la caritativa solicitud del obispo católico de Sandwich este asilo de la desgracia, y en el año de 1873 se propuso visitarlo y se embarcó para la isla en compañía de un joven sacerdote en el vigor de la edad y lleno de actividad y de celo: llamabase éste el padre Damián de Veuster, y pertenecía á una familia de Bélgica bendecida por la Providencia con el don de la abnegación y del sacrificio de sí mismo que todos sus miembros tenían.

Cuando llegaron los piadosos visitantes á Molokai, se encontraron con una escena que espeluznaba y sobrecogía de angustia. Ochocientos ó mil lazarinós mal vestidos y peor alimentados estaban distribuídos en dos aldehuélas de mala muerte llamadas Kalawao y Kalapampa. Las casas eran in-

suficientes y malsanas, y los pobres enfermos abandonados á sí mismos, y sin auxilios religiosos, se habían entregado á los vicios y á los desórdenes. En su desesperación, habían encontrado en el bosque una planta con que fabricaban un licor que gustaban con avidez porque les causaba frenesí de alegría y de nerviosa excitación que por un momento les hacía olvidar sus penas entre los vapores de la embriaguez. Era, como se ve, el mal moral reagrandando los males físicos.

Tal situación no podía dejar impasible á un verdadero sacerdote católico enamorado de las almas y ardiendo siempre en deseos de su bien y de su salvación: en presencia de esas necesidades apremiantes, el padre Damián oyó dentro de sí la dulce y secreta voz que le llamaba á consagrar su vida entera al servicio de los leprosos, renunciando toda ambición humana. Concluída la visita pastoral, impulsado por la inspiración divina al sacrificio de sí mismo, pidió á su Obispo el permiso para quedarse para siempre en la isla. El Obispo, edificado con tan extraordinaria caridad, teme si acaso haya en tan repentina decisión un movimiento de irreflexible entusiasmo: le hace pensar en los padecimientos que le esperan, le pone á la vista que, según las órdenes del gobierno, pasado algún tiempo, no podrá volver á salir de la isla; le hace vislumbrar el contagio que no está lejano; le habla de su madre que vive en la patria belga. El padre Damián permanece firme en su determinación: todo lo ha previsto y meditado, y sin embargo quiere dar ejemplo de fraternidad sacrificándose por amor á sus hermanos leprosos, por amor á Dios, inspirador de tan

heróico pensamiento. Abandona su familia, sus hermanos, sus comodidades, y se decide á encerrarse para siempre en la mansión de la lepra. El Obispo colma de bendiciones al valiente sacerdote, y al despedirse de las playas de Molokai, no puede menos que dirigir la palabra á los infelices lazarinos diciéndoles:

«Hasta hoy, hijos míos, habéis permanecido solos: de aquí en adelante ya no gemiréis más en la soledad. Os dejo á vuestro padre, á vuestro hermano, un padre y un hermano que ama tanto vuestro bienestar terreno y la felicidad de vuestras almas inmortales, que no ha vacilado en pedir llegar á ser como uno de vosotros, á fin de poder vivir y morir con vosotros.....»

Así fué cómo desde el mes de Mayo de 1873 el padre Damián de Veuster, de treinta y tres años, fuerte, robusto, lozano, juró domicilio entre los lazarinos de Molokai, consagrándose á asistirlos y á mejorarlos.

Lo primero que llamó su atención y cuidado fué el vicio abominable de la embriaguez, fuente de tantos excesos, y á que los lazarinos se habían acostumbrado por buscar pasagero alivio á sus padecimientos. No omitió medio alguno para extirparlo; y ya con amonestaciones paternas, ya con instrucciones repetidas, les hizo renunciar al funesto brevaje, y educándolos inteligente y pacientemente, les hizo entrar en hábitos de trabajo, de orden y de obediencia, con lo que todo estaba ganado en el sentido del perfeccionamiento individual, para el consuelo de sus desgracias y para el mejoramiento físico y moral de su pueblo.

Pero si quería salvar las almas, no menos cuidaba de los cuerpos y de las mejoras materiales de la colonia: administraba pacientemente los medicamentos, y andaba en trato íntimo y familiar con sus enfermos; y como en su primera juventud había estudiado para ingeniero, se propuso remediar las dos necesidades más urgentes que eran la carencia de habitaciones y la escasez de agua. La falta de habitaciones era tal, que el mismo padre Damián, en los primeros meses de su permanencia, se veía obligado á dormir tendido bajo un árbol, un *pandanos*, que llegó á querer tanto, que en los días posteriores de su vida acostumbraba sentarse bajo su sombra á pasar los rigores de la siesta, y en sus últimos días dispuso que fuese sepultado junto á sus raíces. Allí, junto al templo que sombrea aquel frondoso árbol, descansa ahora en medio de sus queridos lazarinos.

La actividad infatigable del padre Damián no tardó en levantar casas bien ventiladas y espaciosas, y lo que es más admirable, descubrió el origen de fuentes inagotables que proveyeron de agua suficiente para todas las necesidades de la vida. Los lazarinos empezaron entonces á gozar de cierto bienestar relativo: la enfermedad no desaparecía, pero sus desastres se aliviaban, y sobre todo, tenían constantemente junto á sí, un cariñoso servidor que los alentaba á soportar sus padecimientos, que disipaba sus tristezas con las dulces esperanzas de la fe, y que maravillosamente hacía nacer consuelos y delicias, por medio de la Religión, de esa misma agonía lenta en que se consumían: y fué tanto lo que los lazarinos apreciaron la compañía del padre Da-